

## LA REIVINDICACION DE ITURBIDE

Por ENRIQUE JUAN PALACIOS.

Sola la enunciación de la fórmula está diciendo que la figura del caudillo de Iguala no es la de un héroe popular. Porque los verdaderamente dignos de ese honor no han menester de reivindicación a su memoria, así se encarnicen en ella los dardos del resentimiento, del despecho, del odio. El pueblo la recoge en lo más hondo de su corazón, como en urna incorruptible, la exulta en sus cantos marciales y la glorifica con estatuas.

El recuerdo de Agustín de Iturbide no está afianzado al alma popular con los clavos de diamante de la admiración al patriotismo en grado heroico, ni con los lazos de rosa de la gratitud, indestructibles a pesar de que los forma materia más sutil que la esencia de las flores.

Pero se dirá: ¡los pueblos cometen monstruosas injusticias! Y nosotros preguntaríamos: ¿pueden esas injusticias perdurar y prolongarse por espacio de un siglo? ¿Tan inaccesible es el alma mexicana a la noble virtud del agradecimiento, que, a pesar del trascurso del tiempo, sigue obstinada en cercenar laureles a su libertador, defraudándole la glorificación que ha tributado espléndidamente a los otros padres de la patria? ¿Por efecto sólo de mezquinos prejuicios, persiste en negarle el homenaje póstumo del bronce?...

\* \* \*

Escritores conservadores contemporáneos han sostenido que la injusticia cometida con Iturbide se debe a la parcialidad del liberalismo mexicano, para quien es objeto de encono insaciable la figura del guerrero de Iguala. La montaña de acusaciones enderezadas en su contra, son hijas, en su mayoría, *dícese*, de la pasión venenosa con que se prosigue juzgando esa personalidad, sin que la sangre de la víctima calme aún el rencor y la animadversión de sus contrarios. Desnaturalizada la historia de México en el curso de una centuria de guerras civiles implacables, ha perdido por completo la dignidad de su augusto ministerio, convirtiéndose en innoble arma de partido; y he aquí que, cuando la esgrimen los historiógrafos del grupo denominado liberal, que es el que

más frecuentemente se ha hallado en el poder, la mentira, la calumnia, el dolo... toman el lugar de la serenidad y la justicia; y vese a un hombre ilustre y a un patriota de prócera talla presentado a los ojos del pueblo como torpe ambicioso, cuando no se le nota resueltamente de criminal y de traidor.

Precisa reconocer que este descrédito de la historia moderna de México ganó terreno a diario, siendo contados los escritores que escapan al cargo de falaces o sofistas. Particularmente, el liberalismo, si bregó con tesón incansable por el triunfo del derecho y del progreso, semejó parecer a las veces reo de mala fe cuando sus portavoces empuñaron la pluma en sonadas cuestiones y debates, en forma que ya no pueden recibirse sus dictámenes sin desconfianza y se hace indispensable pasar por cedazo no pocas de las relaciones o pinturas que aspiran a la dignidad de sentencias de Clío. Ya se explica, pues, la desconceptuación de don Agustín de Iturbide. Los tratadistas y autores de textos, desfigurando sistemáticamente su personalidad, han conseguido envolverla en sombras, haciéndola odiosa y repulsiva ante el ánimo público; al par con ello, la facción dominante evita con el mayor esmero todo intento de glorificación de su memoria. Inconformes con haber derramado la sangre del héroe en cadalso afrentoso, los liberales ennegrecen más su crimen, impidiendo la reivindicación gloriosa del hombre a quien los mexicanos deben patria.

\* \* \*

*He ahí cómo razonan* muchos defensores apasionados de Iturbide y también algunos de los que lo enaltecen de buena fe. Pero voy a demostrar que no es exclusivamente el odio ciego de un partido lo que mantiene la personalidad del caudillo de Iguala, lejos de las raíces del alma del pueblo. Declárese, ante todo, que esto no significa que se nos oculten los méritos de tan debatida personalidad. Que Iturbide merezca una justificación, es indudable. Un hombre que realiza la obra llevada a término por el caudillo, será siempre acreedor a altísima prez.

Pero lo que se trata de averiguar ciertamente, es si Iturbide puede llamarse la víctima de una gran ingratitud nacional. Si su memoria, la memoria del consumidor de la Independencia amerita ocupar sitio análogo en el corazón del pueblo, en la excelsitud de la gloria, al que ocupan el recuerdo de Hidalgo, el de Morelos, el de Guerrero, el de Bravo y los otros héroes de la Independencia.

A esto, resueltamente respondo que no.

Iturbide merece una reivindicación, la que emane del estudio razonado de los doctos, a base de una depuración de su personalidad por virtud de severo análisis; absolviéndolo de sus faltas, de sus errores y sus crímenes, y, finalmente, enalteciéndolo por los servicios emi-

nentes prestados al país. Pero en manera alguna merece ni merecerá nunca un templo en el corazón del pueblo, y es por esto, y con infalible instinto, por lo que México no se lo ha otorgado. Nunca merecerá que sus cenizas se junten en la misma urna con los patriarcas y los apóstoles legítimos de la Independencia.

El pueblo no se equivoca a la postre, y de ahí el antiguo proloquio: ¡la voz del pueblo es la voz de Dios! Es por eso, y con instinto infalible, por lo que el pueblo de México no ha acordado al caudillo michoacano ni su entusiasmo ni su veneración.

Los escritores conservadores pretenden cargar a cuenta de la parcialidad y del dolo de los historiógrafos liberales, la impopularidad de Iturbide. El concepto entraña un craso error; y es otro yerro vulgar, consecuencia del descuido con que se ha trazado la historia del país en muchos de sus modernos capítulos, el suponer que fueron los demócratas de principios del siglo, los republicanos y progresistas de ese entonces, los elementos populares, en suma, los demagogos mismos si se quiere, los autores del epílogo de la vida del héroe y de la oposición que precediera a su caída.

Precisamente fueron los elementos de las clases privilegiadas, los enemigos implacables de la insurgencia nacional, quienes suscitaron contra el jefe de la situación creada por el triunfo del Plan de Iguala, el cúmulo de estorbos, provocaciones y dificultades que concluyeron por empujar a Iturbide al abismo de las medidas arbitrarias. El paladín apareció magnánimo, con incomprensible ceguedad política, cuando en cumplimiento de una prevención del Plan de Iguala, aunque sin más facultades que las que le prestaba la inmensidad de la reciente victoria por sus esfuerzos adquirida, designó entre individuos de los más adversos a su personalidad, a los miembros de aquella asamblea provisional o Junta Gubernativa, a la que se encomendaron las funciones de poder legislativo, en tanto se reunían las Cortes constituyentes. El siguiente error consistió en permitir que la convocatoria para las Cortes se redactase en tal forma, que prácticamente los mismos individuos, elementos del partido español o europeo, los oidores, clérigos, militares y capitalistas iberos o españolizados de mayor influjo, dominaron en el nuevo Congreso, apresurándose, según es de suponer, a suscitar embarazos al camino de Iturbide. El prurito de poner trabas a la marcha de la administración se convirtió poco a poco en enemiga sistemática, que muy en breve rebasó todo límite; no habiendo oportunidad, por insignificante que pareciera, que el Congreso no aprovechase para contrariar, hostilizar y atacar en mil formas al Jefe del Ejecutivo. Ello se conjugó con el establecimiento de la masonería, cuyas logias del rito escocés, organizadas en vasta escala y adversas al generalísimo, eran el teatro adecuado para el desarrollo de innumerables intrigas y maquinaciones en su contra.

Data de entonces el nacimiento del grupo llamado *borbonista*, reclutado de preferencia entre el elemento español, y ansioso de vengarse del autor de la Independencia, a la que debían ellos la pérdida de muchas preeminencias. Pues bien, ¿cómo se recrudecerían el furor y la aversión de este grupo, cuando el gobierno de España en 13 de febrero de 1822, desconoce en forma categórica los *Tratados* de Córdoba, sin exceptuar una sola de las capitulaciones concertadas entre Iturbide y el virrey O'Donjú? Por virtud de este desconocimiento, explícito al grado que la corte de Madrid notificó a las potencias que no renunciaba ninguno de sus antiguos derechos sobre los colonias de América, y que consideraría violatorio de los tratados existentes el reconocimiento parcial o absoluto de cualquiera de ellas, vino al suelo una de las bases fundamentales del Plan de Iguala, la que prescribía que el trono de México debería ocuparlo Fernando VII o algún otro miembro de su dinastía. En el acto los borbonistas sintieron que sus esperanzas de rehabilitar el poder español en América caían por tierra; y lo que era más terrible, que el héroe de la emancipación surgía naturalmente como el candidato viable por excelencia para encabezar la monarquía prescrita en el propio Plan. Pues que en defecto de los Borbones y ante la improbabilidad de que aceptase la corona otro príncipe europeo, ¿quién había de considerarse mejor significado para el trono que el ídolo de las muchedumbres, el héroe aclamado por insurgentes y realistas, el autor del celebrísimo Plan de Iguala, una de cuyas bases capitales prevenía, preciso es recordarlo de nuevo, que la forma de gobierno de la nueva nacionalidad sería la monárquica!

Tiene razón Zavala. Si Iturbide hubiese apelado en tales circunstancias directamente a la Nación, México, por voto poco menos que unánime, le habría proclamado jefe del Imperio. Su popularidad todavía era inmensa e innegable, aun entre los antiguos insurgentes; el país ni remotamente hallábase avezado a las formas republicanas, que constituían innovación sustancial de hábitos de tres siglos; y sólo unos cuantos demócratas sinceros y de principios aspiraban tímidamente a la realización de sus ideales, cuya perspectiva parecía a sus ojos tan lejana, que, en la práctica, estos individuos prefirieron ligarse con los borbonistas, mirando en ellos un aliado momentáneo para combatir al enemigo común.

Así las cosas, llegó el instante en que la ambición reprimida de Iturbide se resolvió a atropellar por todo, haciéndose proclamar emperador, al grito amenazante y tumultuoso de una muchedumbre enardecida, azuzada de antemano. Hablo de ambición, porque creo con sinceridad que Iturbide, desde que los primeros lineamientos del Plan de Iguala comenzaron a esbozarse en su mente, allá en la casa de ejercicios de la Profesa, percibió con toda lucidez la imposibilidad del traslado de ninguno de los Borbones al trono de México, añagaza cuyo principal

objeto fué atraerle la simpatía del elemento militar, capitalista y eclesiástico español, en apoyo del Plan. Y que el pensamiento estaba bien concebido pruébalo la celeridad con que los principales militares, los Negrete, los Bustamante, los Quintanar, los Filisola y otros se unieron a la bandera, tras de la que ya caminaban las gloriosas huestes de Guerrero, de Bravo y de Victoria.

La explosión de esa ambición es uno de los cargos que más persistentemente se arrojan en contra del caudillo. A nuestro parecer, el cargo es ilegítimo. Ninguna causa racional le vedaba a Iturbide aspirar al trono del país, por él emancipado de la tutela española, una vez que el Plan de Iguala, suscrito por Guerrero y los más conspicuos insurgentes prescribía la forma monárquica constitucional a la nacionalidad naciente. Pues como decimos arriba, si a falta de un príncipe extranjero había de ocupar el solio un hijo de México, ¿quién mejor que el caudillo prestigiado por la inmensa victoria, ídolo de la muchedumbre, jefe de un poderoso elemento militar, dispuesto a sostener su gobierno; en suma, el afortunado consolidador de las *Tres Garantías*: religión, unión e independencia?...

El hecho es que, cuando aquel mismo Congreso enemigo del mílite sancionó la proclamación, por mayoría de sesenta votos contra quince, el júbilo alcanzó una altura inmensa en las calles de la Capital, y también se desbordó delirantemente en la mayoría de las provincias.

No debe, pues, reprocharse a Iturbide ese rasgo ambicioso, dado que ningún juramento ni principio se lo vedaba; y antes bien, las circunstancias extraordinarias del país podían mostrar su elección como satisfactoria, para el mejor y más rápido aseguramiento del orden y la tranquilidad. Sí parecen reprobables los medios que utilizó para su objeto: el que no consultase, formalmente, al pueblo; el que obtuviera la sanción de un Congreso amedrentado por la presencia del populacho enardecido. Se le puede acusar de artificioso y mañero, y realmente dió múltiples muestras de serlo. Pero, sensatamente, no es dable exigir a todo caudillo que se equipare en desinterés con los Cincinnatos o los Washington. Iturbide, cuya templanza y habilidad eran notorias desde el abrazo de Acatempa, cuya popularidad era indiscutible, cuya marcha parecía protegida, paso a paso por los ángeles tutelares de la fortuna y la victoria, podía naturalmente persuadirse de que, una vez en sus manos el cetro, sus nuevas labores traduciríanse en beneficio inmediato para el país; y que éste recibiría de ellas la felicidad, según sus numerosos parciales se lo aseguraban a porfía.

Repróchase a Iturbide la deserción de sus banderas, cuando el virrey Apodaca le confió el mando de una columna militar para combatir a los insurgentes surianos. Bien que por sus efectos fuera saludable, bien que semejantes maniobras sean usuales en las estratagemas de la guerra y que el éxito en definitiva las sancione con el brillo de su prestigio,

la doblez entonces manifestada por Iturbide no se sostiene ante los dictámenes de la moral suprema. En aquel hombre, el realista pertinaz, el militar encarnizado y cruel, el esclavo de la ordenanza cuando sacrificaba a los prisioneros, el victimario de tantos insurgentes compatriotas suyos, aparece menos concebible y menos perdonable que en otro cualquiera, aquella defección deliberada, que bien cabría calificar con otro más áspero dictado.

Pero ¡hecho extraño! no es esa deserción la que sus censores le recriminan; sino su exaltación al solio del Imperio. Mas ya sabemos que, los que primordialmente se indignaron por tal encumbramiento, y no escatimaron recurso ni descuidaron medio para perder al monarca, blanco de sus odios implacables, no fueron ni los patriotas ni los insurgentes, sino los españoles y los españolizados.

Otro paso en la vida del milite presto nos llevaría al descubrimiento de que fué, también, el elemento conservador o servil, como entonces se le apellidaba, elemento representado prominentemente en el Congreso, el que empujó a Iturbide, materialmente puede decirse, a consumir un golpe de Estado, arrojándolo a disolver la Asamblea que así le hostilizaba. La historia revela que en el curso de los acontecimientos posteriores a la proclamación del Imperio de Iturbide, ese elemento jamás guardó la templanza ni la serenidad que la naturaleza de sus labores exigía; antes acumuló obstáculo tras obstáculo a la gestión del monarca, llevando a éste, paso a paso, a la exasperación que tanta insolencia y torpeza debían producirle. Insolencia sí, porque en lo general, el móvil determinante de tal conducta, no fué el interés público sino los resentimientos personales. Son los escritores liberales o moderados quienes lo declaran (Zavala, el General Tornel, Bulnes).

De manera que, como aseguro en renglones anteriores, no son los historiógrafos del partido liberal quienes de preferencia recriminan al caudillo de Iguala, sino las plumas procedentes del partido primero en combatirlo; el que puso todo esmero en minar su autoridad, el que precipitó su caída, y el que acabó después por proscribirlo y condenarlo, llevándolo finalmente al patíbulo.

La descripción circunstanciada de aquella labor constantemente obstructionista y siempre animada de rencor y de odio en contra del emperador; ese relato, puesto en parangón con el de la conducta pueril en muchos pormenores, pero benigna y moderada de Iturbide, desde su elevación a la corona hasta su renuncia de ella, evidenciaría clarísimamente la mayor culpabilidad de los llamados serviles. Semejante relato excede los límites del estudio presente. Bástenos invocar a los principales escritores de la época, sin excluir por cierto a los del grupo liberal, sino antes bien, éstos colocados a la cabeza.

Cual más, cual menos, todos resultan apologistas de Iturbide. El mismo Carlos M. Bustamante, a pesar de su jacobinismo, le prodiga las expresiones más férvidas del homenaje; y no contento con la inscripción puesta en su modesto sepulcro de la capilla de San Felipe, de la Catedral de México, propone otra que aún no ha llegado a grabarse en su mausoleo:

"Caminante: Yacen aquí los restos venerados de Agustín de Iturbide y Aramburu, quien con valor heroico y ánimo impávido desató, sin romper los vínculos de esta América con su metrópoli: Consumó la obra de la Independencia Mexicana, cambiando en siete meses la faz política de dos mundos. Dió seguras garantías a su patria para consolidar la unión de los partidos que la destrozaban. Proclamado Emperador por la Guarnición de México, abdicó esta alta dignidad; y marchó a Europa, de donde regresó y murió desgraciadamente en la Villa de Padilla, en 19 de julio de 1824. Dé Dios a su alma en la eternidad la felicidad que les procuró a sus conciudadanos en el tiempo."

\* \* \*

Pero si esto es así, parece justificado el Emperador, de las mayores inculpaciones lanzadas en su contra; y resulta notoriamente acreedor a una reivindicación tan alta de su memoria, que le reconozca prez semejante, lauro comparable al que ciñe las sienes de los inmortales apóstoles de la Independencia.

Absuelto Iturbide de las inculpaciones más graves que se lanzan en su contra, nada más justo que una solemne reivindicación a su memoria. Pero esa reivindicación, ¿será de naturaleza que amerite otorgarle lauros inmarcesibles, como los que ciñen las sienes de los inmortales mártires de la Independencia?

Nosotros pensamos que no; y aquí es donde debemos poner de relieve nuestro criterio.

A nuestro juicio, el dictamen de la historia, el estudio de los doctos, el análisis riguroso e imparcial, va de acuerdo en esta vez con el fallo popular. El pueblo ha negado a Iturbide la consagración suprema, a pesar de que le aclamó con delirio y le contempló con entusiasmo ardiente, el día más jubiloso que recuerdan los fastos de la Capital: aquél que saludara la entrada del Ejército Trigarante, el 27 de septiembre del glorioso año de la emancipación. Y ese mismo pueblo no equipara a Iturbide ni lo equipará nunca, en el santuario de su veneración, con los egregios manes de Hidalgo, de Morelos, de Guerrero. Falto quizá de saber y de razonamientos, su instinto le dice que otra prez muy más alta se merecen estos héroes. Bien lo declara el antiguo proloquio: ¡la voz del pueblo es la voz de Dios!

No bastan el talento, el valor, la destreza consumada, la fortuna sorprendente, ni aun el genio mismo para conquistarse títulos verdaderos a la inmortalidad. Iturbide contaba con todo eso, hasta con el genio, según afirma testigo de tanta calidad como don José María Tornel; pero faltábale el desinterés, la abnegación heroica, el altruísmo sublime que integran la contextura auténtica del héroe. Don Vicente Guerrero y don Guadalupe Victoria, distan mucho de igualar la lucidez de inteligencia que poseía Iturbide, y acaso no le superaban en valor; pero los distingue la inmovible firmeza, la abnegación, y, primordialmente, el propósito de sacrificarse en aras de la patria, con menosprecio de todo beneficio personal. Ambos se encumbraron a la primera magistratura de la República, pero, ¿quién pretendería que esa ilusión los alentaba en los años de su apostolado, cuando sufrían penalidades indecibles en las asperezas de Veracruz y de Guerrero?

El mismo arranque grandioso y magnánimo vibró en el pecho del Cura de Dolores, y ha circuido de resplandores su frente unguida por la gloria, a despecho de las acusaciones de Alamán y otros que no consiguieron comprenderlo. Ese holocausto de la existencia, en aras del ideal, es la marca de fuego de los predestinados a la inmortalidad. En cuanto a Morelos!... todo lo poseía!... sublime desinterés, ardor jamás extinto, heroísmo... genio!... Y constelado, de esa suerte, por las dádivas que vienen de lo alto, era el primero, sin embargo, en llamarse humildemente *siervo de la nación*. ¡Morelos!... Espíritu augusto!... Siempre encendida la gratitud nacional, vela eternamente al borde de su tumba, con sonrisa de amor en los labios y el fuego excelso en el alma!...

Ahora bien, no estaba vaciado Iturbide en el molde diamantino de esos hombres.

Hay que decirlo sin ambages: la obra del caudillo de Iguala fué asombrosa, admirable, extremadamente feliz; fué milagro de la política, como los escritores de la época la apellidan; pero ante todo, fué efecto de la oportunidad, y otros varios habrían sabido darle término. El mismo caudillo, en su correspondencia con el virrey, en sus hábiles proclamas y en su *Manifiesto* de Liorna, escrito en 1823, declara que la independencia de América era algo que no podía dejar de consumarse, "porque se hallaba dentro del orden inmutable e inalterable de los acontecimientos."

Sin la inspiración de Iturbide, posiblemente se hubiese retardado; pero infaliblemente habría venido a realizarse. Era una causa ganada: ganada por el consentimiento de la opinión pública, ya convencida hasta en muchos elementos de alto rango social (don José María Fagoaga, sea un ejemplo) del derecho de los países americanos para emanciparse de la tutela de la metrópoli.



La lucha continuaba por efecto exclusivo de los grupos privilegiados, que se aferraban a sus preeminencias; y del elemento militar, dependiente directo del rey. Pero los españoles no podían ya persuadir a los americanos de que la autonomía y la libertad civil, que en la Madre Patria se pregonaban como las conquistas gloriosas de un pueblo culto y digno, fuesen afrenta y crimen en este lado de los mares, tan sólo porque los intereses de los peninsulares se veían afectados con ese movimiento.

En el espíritu público latía el convencimiento de que el país estaba ya maduro para la Independencia. El tesón desplegado por los oscuros insurgentes de las montañas del Sur, no podía ser estéril. Proclamaba con elocuencia irresistible que los rigores de la violencia y los desmanes más atroces de la fuerza material, no logran apagar un sentimiento legítimo en el corazón de hombres dignos de ser libres. Proclamaba, por consiguiente, que los mexicanos eran dignos de la libertad. ¡He ahí el título incomparable de aquellos hombres a la gratitud pública! ¡Errantes y vencidos, habían justificado con su constancia la causa de la independencia, a los ojos de la humanidad y ante el espíritu de sus mismos dominadores! ¡Mil veces inmortales sean Victoria y Guerrero, Bravo, Rayón y Pedro Asencio!

¿Qué vale la labor de Iturbide, por brillante que se la contemple, en parangón con ese sacrificio grandioso y generosísimo?

El caudillo de Iguala tuvo la habilidad de aprovechar maravillosamente la situación creada en México por el restablecimiento de la Constitución liberal en la Madre Patria, impuesta a Fernando VII en virtud del movimiento de Riego, en 1820. Aquel suceso implicaba inmediatamente el indulto de todas las causas políticas, la libertad de los prisioneros, la prensa libre, la extinción de los jesuitas, la supresión de hospitalarios y monacales, la muerte del odioso tribunal de la Inquisición, y la pérdida de innúmeras prerrogativas de las clases privilegiadas de la colonia. Ya se comprende el efecto terrible de la novedad. Consecuencia de la conmoción fué el proyecto del Plan de Iguala. Los representantes genuinos de los privilegios, probando esta vez que su patriotismo estaba muy por debajo del apego a sus intereses materiales, aliáronse, cambiando instantáneamente de bandera; y a pretexto de que la Constitución había sido impuesta por obra de violencia, conspiraron activamente para arrancar a la metrópoli, la obediencia de esta porción de su antiguo dominio, con la esperanza de que, una vez independiente, ellos se mantendrían en posesión pacífica de sus prerrogativas. Por eso vemos figurar entre los inspiradores y después entre los sostenedores del Plan de Iguala, a los adversarios irreconciliables de los insurgentes, a los verdugos de los patriotas, como el inquisidor y oidor Monteagudo y el oidor Bataller, antes consejero áulico de Calleja. Por eso se adhirieron con entusiasmo al propio Plan, y le prestaron el apoyo de sus cuantiosos elementos el alto clero y la clase militar privilegiada.

Ya se explica el que, con apariencias de verdad, aun cuando con apreciación poco profunda y filosófica en el fondo, el historiógrafo Alaman asegure que efectuaron la independencia del país precisamente sus más encarnizados enemigos.

Ahora bien, el papel desempeñado por Iturbide en este trascendentalísimo evento, fué el de constituirse en agente de los antiguos opresores. El poseía las condiciones esenciales para la realización del pensamiento. Militar de renombre, fértil en recursos, audaz, astuto, vigoroso, resuelto... nada le faltaba para acometer briosamente la empresa. Miembro sobresaliente de la aristocracia criolla, debía captarse en el acto la plena confianza y la simpatía de las altas clases. Púsose, pues, de acuerdo con Monteagudo, y por conducto de éste, con la nobleza criolla, el clero y el capitalismo agrario. Maduraron diestramente el proyecto, y, sorprendiendo la buena fe del virrey, en ocasión del retiro de un jefe realista, obtiene Iturbide el mando de la columna militar que facilitara el comienzo de la obra. Ya sólo faltábale el avenimiento con los insurgentes;... pero, en la magnanimidad y en el desinterés realmente sublime de Guerrero, halló el caudillo de Iguala ese apoyo insustituible. Vista su perspicacia habitual, fácilmente nos persuadiremos de que desde un principio contó con abnegación tan ejemplar, porque el antiguo comandante realista tuvo numerosas ocasiones de medir hasta dónde alcanzaba la grandeza de alma de los insurgentes.

El abrazo de Acatempan es, sin duda, una de las páginas más bellas de la historia de México. En los fastos patrios, ese episodio pone el carácter mexicano tan en las alturas como la proeza de Nicolás Bravo. Nobleza, corazón, hidalguía, desinterés incomparable, amor purísimo de la patria... he ahí los timbres del nombre nacional a partir de aquel instante. Ese episodio y la respuesta enviada a Iturbide, cuando éste le propuso el avenimiento, son tal vez los perfiles más hermosos de la figura de Guerrero.

Así triunfó el Plan formulado en la Profesa y suscrito en Iguala. Que estaba admirablemente concebido, resulta evidente. Realizaba el ideal acariciado, dejando en pie la gran mayoría de los componentes sociales; ponía fin a la cruenta lucha de europeos y americanos, recrudescida horriblemente en el curso de once años; mantenía en toda su pureza la entonces religión nacional; los intereses adquiridos quedaban intactos; la paz renacía en el conturbado territorio, y el orden y la felicidad volvían a reinar en estas hermosas comarcas.

Y en primer término, México conquistaba su soberanía. Pero en virtud de circunstancias en verdad extraordinarias, y por obra de la fortuna portentosa del hombre de Iguala, aquel supremo anhelo consiguíose casi sin ulterior derramamiento de sangre, en forma tan natural, tan sencilla, tan fácil, que los acontecimientos se sucedían como si estuvieran

trazados de antemano, y ya parecía un hecho lo que reza uno de los documentos de la época: "México desataba sin romperlos, los vínculos que tuvieron a la hija, ligada con la madre patria."

Hay que tributar a Iturbide espléndido homenaje por la felicidad con que llevó a término la empresa; y debe consagrarsele admiración por la habilidad que puso en juego para consumarla. Su conducta fué obra maestra de política. Avino en un instante, elementos que parecían irreductibles; echó por tierra en pocos meses el formidable baluarte de la dominación ibérica, que tenía cimientos de tres siglos; y realizó el sueño de la emancipación, sin pérdida casi de vidas, y con tal facilidad y rapidez, que más bien que obra humana parece el prodigio de un taumaturgo. Las pinturas que los relatos de la época nos han dejado, del júbilo que inundó los corazones, muestran a qué grado satisfizo en ese instante las aspiraciones públicas. Las escenas de la entrada del Ejército Trigarante en la Capital resultan indescriptibles: todos se abrazaban alborozados; todos, aun los antiguos enemigos, olvidaban sus resentimientos y abrían sus pechos a la fraternidad. . . todos saludaban con lágrimas de sublime emoción aquella aurora hermosísima de la libertad.

Bien merece Iturbide una reivindicación justiciera, que le arranque del desprecio a que se ha visto condenado. Ese desprecio es una ingratitude nacional, y no se hizo acreedor a ella el autor del Plan de Iguala, ese Pacto que el 27 de septiembre de 1821 bien pudo llamarse fiador de la fraternidad, la religión y la independencia, o sean la paz, la virtud y la libertad, tesoros los más augustos de una patria y talismán incomparable de la felicidad de sus habitantes. Empero, hay que repetirlo, semejante afortunado milite, no por ello ocupa, ni merece ocupar en el alma nacional el sitio augusto en que descuellan glorificadas, las figuras de los héroes epónimos: Hidalgo, Guerrero, Morelos!

**BIBLIOTECA NAL. DE ANTROP.  
E HISTORIA**

